

# EL CORAZÓN NEGRO DE LA HACIENDA OCCIDENTAL: ACHILLE MBEMBE Y LA NECROPOLÍTICA.

Gonzalo Díaz Letelier<sup>1</sup>

## Resumen

A partir de algunas indicaciones del pensador camerunés Achille Mbembe, intentamos aquí una aproximación al concepto de *necropolítica* –entendida como la moderna producción de mundo como *obra de muerte*, en virtud del funcionamiento del núcleo arcaico, tortuoso y mortífero, de la *estructura biopolítica del poder occidental*. En la dimensión necropolítica del ejercicio del poder soberano, guerra y política se identifican desde la matriz colonial del poder –humanista, civilizacional y racista–, matriz que *ensambla racionalmente el ejercicio excepcionalista del poder mortífero con la gubernamentalidad como producción de mundo de la vida*. Mbembe destaca las modulaciones contemporáneas de la necropolítica considerando tanto el ejercicio de soberanías de índole teológico-político estatal como el de aquellas de índole capitalista post-estatal.

Palabras clave: colonialidad, biopolítica, necropolítica, Mbembe, soberanía, capital, violencia, obra de muerte.

## Abstract

Starting from some indications of Cameroonian thinker Achille Mbembe, we try here an approach to the concept of *necropolitics* –understood as the modern production of world as *work of death*, operating under archaic, tortuous and deadly core of the *biopolitical structure of Western power*. In the necropolitical dimension of the exercise of sovereign power, war and politics are identified from the colonial matrix of power –humanist, civilizational and racist–, matrix that *rationaly joins the exceptionalist exercise of deadly power with the governmentality as production of lifeworld*. Mbembe highlights contemporary modulations of necropolitics considering both the exercise of theological-political State sovereignty and the exercise of post-State capitalist sovereignty.

Keywords: coloniality, biopolitics, necropolitics, Mbembe, sovereignty, capital, violence, work of death.

## I. Entre los estudios coloniales y las perspectivas biopolíticas.

La “cuestión” palestina, el “narcomundo” mexicano y las “máquinas de guerra” africanas son fenómenos de captura de la vida y producción de *mundos de muerte* –por el ejercicio de soberanías de corte o teológico-político estatal o capitalista post-estatal–, en regiones fronterizo-civilizacionales, fenómenos que destacan dentro de un conjunto de situaciones contemporáneas que ponen de manifiesto la insuficiencia teórica, por separado, tanto de los estudios coloniales como de las perspectivas biopolíticas que han emergido tras la crítica radical a la teoría política clásica durante los siglos XX y XXI. Pues en primer término tenemos a la teoría política clásica con sus conceptos exhaustos: toda esa tradición está desde hace tiempo en la mesa de disección de las críticas anticoloniales y de las operaciones deconstructivas. Pero en lo que se refiere a los estudios postcoloniales y las perspectivas biopolíticas que de allí han surgido, el problema es que usualmente discurren como campos disciplinarios paralelos en medio del dispositivo universitario. De tal modo que, ante los fenómenos antes señalados, me parece preciso proceder poniendo más bien en

---

<sup>1</sup> Departamento de Filosofía de la Universidad de Santiago, Programa de Bachillerato de la Universidad de Chile, Grupo de Filosofía del Centro de Estudios Árabes de la Universidad de Chile.

suspense los cercos disciplinarios o conceptuales que operan como fronteras entre los respectivos “campos” académicos –que se institucionalizan así, estancos–, hasta chocar con algún límite de acuerdo a la materialidad misma del asunto. Sólo en función de esa tactilidad habría que afinar los conceptos.

El pensador africano Achille Mbembe<sup>2</sup> es, precisamente, un pensador que ha venido realizando un interesante cruce entre estudios coloniales y perspectivas biopolíticas. El pensamiento de Mbembe bebe de ambas fuentes: lo hace de la deriva que va desde el pensamiento anticolonial al pensamiento postcolonial –Léopold Senghor, Aimé Césaire, Frantz Fanon, Edward Said, Homi Bhabha y Gayatri Spivak–, pero también lo hace del pensamiento crítico de los dispositivos biopolíticos –principalmente de Michel Foucault y Giorgio Agamben.

A partir de algunas indicaciones de Mbembe intentaremos aquí aproximarnos a su concepto de *necropolítica* –entendida como la moderna producción de mundo de la vida como *obra de muerte*, en virtud del funcionamiento del núcleo arcaico, tortuoso y mortífero, de la *estructura biopolítica del poder occidental*. En la dimensión necropolítica del ejercicio del poder soberano, guerra y política se identifican desde la matriz colonial del poder –humanista, civilizacional y racista–, matriz que *ensambla racionalmente el ejercicio excepcionalista del poder mortífero con la gubernamentalidad como producción de mundo de la vida*. Mbembe destaca las modulaciones contemporáneas de la necropolítica considerando tanto el ejercicio de soberanías de índole teológico-político estatal como el de aquellas de índole capitalista post-estatal.

## II. Biopolítica y necropolítica.

Foucault había elaborado a fines del siglo XX una genealogía de los dispositivos del poder en Occidente que se articulan en la dualidad funcional del *poder soberano* (poder de dar muerte, “*hacer morir* o dejar vivir”) y el *poder gubernamental* (poder sobre la vida, “*hacer vivir* o dejar morir”). Si el poder soberano se expresa en el dispositivo del derecho –que implica el ejercicio del derecho soberano a matar–, el poder gubernamental se expresa en los dispositivos de producción de subjetividad –captura del cuerpo y la “autoconciencia”– en función de la norma biopolítica puesta en obra por el “arte liberal de gobernar”. De modo que, en perspectiva histórica, si desde antiguo el poder soberano se ejercía como suplicio (tortura y muerte) y el poder de gobierno como pastoral cristiana (dirección de conciencia), en el siglo XVIII el poder soberano se ejercerá como pena de muerte (muerte “humanizada”) y el poder gubernamental como poder disciplinario (la anatomopolítica con su castigo del cuerpo y la ortopedia moral como educación o rehabilitación del alma). Pero será en el siglo XIX cuando ambas lógicas del poder –la soberanía y el gobierno– se ensamblen en virtud del biopoder (discurso y técnica biomédica) y su *poder normalizador*

---

<sup>2</sup> Achille Mbembe (1957, Camerún francés), profesor de historia y ciencias políticas en la Universidad de Witwatersrand en Johannesburg (Sudáfrica) y profesor de estudios románicos en la Universidad de Duke (Estados Unidos). Mbembe estudió en Francia en la década de 1980 y luego ha enseñado en África y Estados Unidos. Ha publicado «*Les Jeunes et l'ordre politique en Afrique noire*» (1985), «*La naissance du maquis dans le Sud-Cameroun. 1920-1960: histoire des usages de la raison en colonie*» (1996), «*De la Postcolonie. Essai sur l'imagination politique dans l'Afrique contemporaine*» (2000), «*Du gouvernement privé indirect*» (1999), «*Necropolitique*» (2006), «*Sortir de la grande nuit. Essai sur l'Afrique décolonisée*» (2010).

que se articula en orden a la *disciplina* de los “individuos” (es decir, del cuerpo-individuo) y la *regulación biopolítica* de “poblaciones” (es decir, del cuerpo-especie), en función de los procesos económicos del capitalismo. En suma, los dispositivos de normalización disciplinaria y biopolítica ponen en obra **la política como captura integral del viviente en función de la economía**.<sup>3</sup>

Sobre esta base es posible ganar una perspectiva de la deriva totalitaria moderna, que en la elaboración conceptual de Foucault tiene el carácter de una *biopolítica*, esto es, de una convergencia y anudamiento del “doble vínculo” entre procedimientos de totalización política y técnicas de individualización moral. Este fenómeno ha sido estudiado también por Giorgio Agamben, en términos de una confluencia entre las dos lógicas del poder occidental –de las que el filósofo italiano ha hecho la genealogía teológica: *soberanía política y gubernamentalidad económica*. El **estado de excepción** sobre el *homo sacer* es el núcleo soberano-político –arcano de la máquina gubernamental moderna–, y la producción de subjetividad obediente y “glorificante del reino” es su núcleo gubernamental-económico.<sup>4</sup> Tanto en Foucault como en Agamben la dominación, en cuanto captura de la potencia del viviente, es concebida como una puesta en obra política y económica en virtud de la violencia: ya mediante tecnologías mortíferas, ya mediante tecnologías productoras de subjetividad. A partir de una puesta en relación de los planteamiento de Arendt y de Foucault, Agamben postula un parentesco entre la biopolítica y el totalitarismo, pues considera que hay un común denominador arcano entre la democracia liberal y el totalitarismo: ambos ejercen el “poder soberano” sobre la “nuda vida”.

Sobre la base de estas consideraciones, Mbembe acuña el concepto de **necropolítica** para definir la moderna producción de mundo como *obra de muerte*, en virtud del funcionamiento del núcleo mortífero de la *estructura biopolítica del poder occidental* sobre la base del *imaginario racista de corte colonial y su violencia extrema*.

En su ensayo «*Necropolítica*», publicado en Francia en 2006, Mbembe repara en la insuficiencia de la noción de “biopolítica” de Foucault para teorizar las formas de dominación contemporáneas por medio de un *poder de muerte* que despliega una violencia sobregirada –en contextos de territorialización estatal o post-estatal–, violencia más extrema que la desplegada en la vida metropolitana y más cercana a aquella violencia que se desplegaba sobre la vida de los habitantes de los sistemas coloniales. Mbembe:

He intentado demostrar que la noción de biopoder es insuficiente para reflejar las formas contemporáneas de sumisión de la vida por la muerte. Además, he utilizado las nociones de política de la muerte y de poder de la muerte para reflejar los diversos medios por los cuales, en nuestro mundo contemporáneo, las armas se despliegan con el objetivo de una destrucción máxima de las personas y de la creación de *mundos de muerte*, formas únicas y nuevas de existencia social en las que numerosas

---

<sup>3</sup> Foucault, «*Nacimiento de la biopolítica*», traducción del francés al español por Horacio Pons, Editorial F.C.E., Buenos Aires, <sup>1</sup>2007, p. 359 y ss.

<sup>4</sup> Agamben, «*Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida*», traducción del italiano al español por Antonio Gimeno, Editorial Pre-Textos, Valencia, <sup>1</sup>1998; y Agamben, «*Homo sacer II, 2. El reino y la gloria. Para una genealogía teológica de la economía y del gobierno*», traducción del italiano al español por Antonio Gimeno, Editorial Pre-Textos, Valencia, <sup>1</sup>2008.

poblaciones se ven sometidas a condiciones de existencia que les confieren el estatus de *muertos-vivientes*.<sup>5</sup>

Mbembe destaca que las formas de dominación que él denomina necropolíticas pasan más por la violencia excepcional de corte colonial que por la sofisticación de los dispositivos gubernamentales gestados en el Occidente metropolitano. Para ilustrar el punto de esta distinción digamos, por ejemplo, que los ingleses no gobernaban Londres del mismo modo que gobernaban las colonias –y la necropolítica tiene su matriz precisamente en las tecnologías de dominación colonial.

### III. La tecnología necropolítica: *work of death*.

La *necropolítica* es la moderna producción de mundo de la vida como *obra de muerte* en virtud del funcionamiento del núcleo mortífero de la *estructura biopolítica del poder occidental*. En la dimensión necropolítica del ejercicio del poder soberano, guerra y política se identifican desde la matriz colonial del poder –humanista, civilizacional y racista–, matriz que *ensambla racionalmente el ejercicio excepcionalista del poder mortífero con la gubernamentalidad como producción de mundo de la vida*.

Insistamos en el contraste entre biopolítica y necropolítica. La *biopolítica* (poder de hacer vivir y dejar morir) se ha ejercido progresivamente en el seno metropolitano de los Estados modernos desde el siglo XVIII: gestión (biológica, demográfica, estadística) de la población como recurso –junto al territorio y sus recursos naturales. Se trata, pues, de la sumisión económico-política de los cuerpos y las poblaciones mediante dispositivos cada vez más sofisticados de disciplinamiento de individuos y regulación de poblaciones. La *necropolítica* (poder de hacer morir o dejar vivir), en cambio, ha sido ejercida por un poder difuso –entre el Estado y el Capital–, en cualquier caso por parte de poderes fácticos que ejercen la autoridad excepcionalista 1) *mediante* el poder del dinero y violencia de las armas; 2) *en función de* la cosificación capitalista del cuerpo y las poblaciones –es decir, su reducción a mero recurso, mercancía, vida útil o desechable, fuerza de producción sustituible. Más que en el seno de los Estados occidentales del “primer mundo”, esto ha tenido lugar en el “tercer mundo” –es decir, en los países no civilizados en el sentido occidental.

Por lo tanto, la necropolítica es *el retorno de la vieja soberanía en un contexto capitalista/postcolonial*: su “necropoder” –ejercicio de la soberanía arcaica, esto es, brutal y mortífera– es un vestigio colonial en el mundo capitalista postcolonial.<sup>6</sup> Aquí ni siquiera estamos frente a una práctica soberanista cuya discursividad encubre la dimensión de la violencia mortífera del poder soberano, invistiéndolo de “gloria” y proyectándolo como contención legítima de la “violencia natural”, sino más bien se trata de una práctica del

---

<sup>5</sup> Mbembe, «*Necropolítica / Sobre el gobierno privado indirecto*», traducción del francés al español por Elisabeth Falomir, Editorial Melusina, Santa Cruz de Tenerife, <sup>1</sup>2011, pp. 74-75.

<sup>6</sup> La filósofa mexicana Sayak Valencia realiza su propia elaboración del concepto de “necropolítica” para hacer inteligible el fenómeno del narcomundo mexicano. En ese contexto, Valencia habla del *necrocapitalismo*, esto es, el capitalismo como patrón de acumulación incondicionado: sin dogma (flexible e ilegal) y sin respeto por la vida (que es precomprendida nada más que como un “recurso”). Cfr. Valencia, «*Capitalismo gore*», Editorial Melusina, Santa Cruz de Tenerife, <sup>1</sup>2010, p. 15 y ss.

poder que da la medida de un modo explícitamente cruel y mortífero, donde la visibilidad pornográfica (*gore*) de la sangre no es un defecto, sino un engranaje clave de su tecnología.

Si en sentido amplio consideramos la “soberanía política” como el poder de dar la medida de lo económico-social, la necropolítica es una determinada configuración de la soberanía política. Si el arcano de la lógica de la *soberanía* es el derecho de matar, la *política* será el ejercicio del derecho de matar. De manera que la soberanía necropolítica pone en obra un “cuerpo social” en el sentido de una *work of death* –como “trabajo de muerte” cuyo resultado es una “obra de muerte”. La tecnología de la soberanía necropolítica pone en obra, mediante el trabajo de muerte, un régimen de producción y las relaciones sociales que éste implica, sobre la base de la captura o aniquilación del viviente –o se somete, o muere.

Analíticamente, la tecnología necropolítica implica una dualidad estructural que se articula como una lógica jerárquico-clasificatoria: *estado de excepción* (autoridad, lógica jerarquizante) y *partición amigo/enemigo* (proyección de identidades antagónicas, lógica clasificatoria). El “autoritarismo” excepcionalista –decisión de y desde el estado de excepción– se expresa en el ejercicio del poder de matar, independientemente de cualquier legalidad. La partición amigo/enemigo se expresa en la proyección de un enemigo “ficcionalizado”, en virtud de un imaginario civilizacional-biológico (racismo) y de un imaginario político-securitario (terrorismo).

De acuerdo a la lógica dúplice que caracteriza a la tecnología necropolítica –la antes señalada de autoritarismo excepcionalista y partición amigo/enemigo–, también podríamos formular su tecnología en los términos de una *política excepcional/inmunitaria* que ejerce el derecho soberano de matar –donde el poder da el derecho y el derecho da el poder–, y lo ejerce sobre la base de la discriminación entre los que deben vivir y los que deben morir: división entre los vivos (dignos, irremplazables) y los muertos (indignos y peligrosos, desechables y sustituibles). En este último sentido es interesante destacar que, respecto de la partición amigo/enemigo, la proyección de un enemigo “ficcionalizado” se hace en virtud de la yuxtaposición de un *imaginario civilizacional-biológico* (racismo) y un *imaginario político-securitario* (terrorismo).

Por una parte tenemos el *imaginario civilizacional-biológico* –el imaginario del *racismo*– que opera una “ruptura entre unos y otros” que implica no sólo distinción identitaria (razas diferentes), sino también jerarquía y antagonismo (suprematismo belicoso de una raza por sobre otras). Según Mbembe, el racismo es “el corazón de la lógica de la biopolítica”, pero se trata de su corazón necropolítico, pues la política de la raza es una política de muerte y dominación –que se esconde como política espectral tras la moderna cuestión de las clases sociales (el clasismo implica racismo). Mbembe:

En la formulación de Foucault, el biopoder parece funcionar segregando a las personas que deben morir de aquellas que deben vivir. Dado que opera sobre la base de una división entre los vivos y los muertos, este poder se define en relación al campo biológico, del cual toma el control y en el cual se inscribe. Este control presupone la distribución de la especie humana en diferentes grupos, la subdivisión de la población en subgrupos, y el establecimiento de una ruptura biológica entre unos y otros. Es aquello a lo que Foucault se refiere con un término aparentemente familiar: racismo. / Que la *raza* (o aquí, el *racismo*) tenga un lugar tan importante en la racionalidad propia del biopoder es fácil de entender.

Después de todo, más que el pensamiento en términos de clases sociales (la ideología que define la historia como una lucha económica de clases), la raza ha constituido la sombra siempre presente sobre el pensamiento y la práctica de las políticas occidentales, sobre todo cuando se trata de imaginar la inhumanidad de los pueblos extranjeros y la dominación que debe ejercerse sobre ellos.<sup>7</sup>

El racismo, en el eje gubernamental biopolítico, rinde como dominación económica, abandono, dejar morir. En el eje soberano necropolítico, el racismo es “condición de aceptabilidad de la matanza”<sup>8</sup> –en orden al sometimiento o aniquilación de los vivientes considerados *otros*.<sup>9</sup>

Pero esto se yuxtapone con otro imaginario moderno. En virtud de un *imaginario político-securitario* –el imaginario del **terrorismo**–, que se anuncia ya en el siglo XVI con Hobbes, pero que se acentúa hiperbólicamente desde la segunda mitad del siglo XX, tenemos hoy una política que consiste en matar al enemigo bajo el pretexto de llevar adelante una “guerra contra el terrorismo”, en nombre de la seguridad vital de la propia comunidad. Sobre la fusión entre guerra y política, escribe Mbembe que en ésta se juega:

(...) la percepción de la existencia del Otro como un atentado a mi propia vida, como una amenaza mortal o un peligro absoluto cuya eliminación biofísica reforzaría mi *potencia de vida y de seguridad*.<sup>10</sup>

Y más adelante, respecto de la definición de lo político como una “relación guerrera” entre los hombres:

La idea de que la racionalidad propia de la vida pase necesariamente por la muerte del Otro, o que la soberanía consista en la voluntad y capacidad de matar para vivir.<sup>11</sup>

#### IV. La matriz colonial de la necropolítica.

Si hay una figura límite entre la biopolítica y la necropolítica es la figura colonial de la **esclavitud**, es decir: la captura del viviente en el límite de la muerte. Según Mbembe, la esclavitud es una expresión histórica del sustrato arcaico de la biopolítica, donde ésta desnuda su corazón necropolítico. El fenómeno de la esclavitud, en cuanto fenómeno de *dominación absoluta* –el esclavo pertenece al amo, su figura es la de una vida capturada por un dispositivo político-jurídico colonial– implica la puesta en juego de 1) un autoritarismo excepcionalista, y 2) la expropiación del viviente.

Si partimos por esto último, la **expropiación del viviente** conlleva la triple pérdida de hogar (no está en *su casa*), cuerpo (deviene instrumento de trabajo para otro) y estatus político (sin pensamiento, sin palabra). Se da aquí, por tanto, el caso de un viviente que

---

<sup>7</sup> Mbembe, opus cit., pp. 21-22.

<sup>8</sup> Cfr. Foucault, «*Defender la sociedad. Curso en el Collège de France, 1975-1976*», traducción del francés al español por Horacio Pons, Editorial F.C.E., México, 2000, p. 230 y ss.

<sup>9</sup> En este sentido, siguiendo a Foucault y Agamben, Mbembe sostiene que el Estado Nazi representa un paroxismo del poder biopolítico-necropolítico occidental, siendo un extremo paradigmático tanto de la biopolítica (cultivo, protección y gestión de la vida en un determinado sentido) como del núcleo necropolítico (ejercicio industrial del derecho de matar, inmunitariamente) de la misma biopolítica.

<sup>10</sup> Mbembe, opus cit., p. 24.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 25.

experimenta *alienación individual* (pues es propiedad de otro y tiene precio como mercancía) y *muerte social* (es decir, no-humanidad: no es parte de la sociedad, sino propiedad de alguno de sus integrantes).<sup>12</sup>

Ahora bien, tal expropiación del viviente se lleva a cabo sobre la base de un ejercicio de dominación absoluta que pasa por la puesta en juego de un **autoritarismo excepcionalista** en la relación de poder. Es tal autoritarismo excepcionalista el que hace posible que la relación de poder devenga estado de dominación, verticalizándose y unilateralizándose. Al comienzo de este artículo señalábamos que Mbembe sostiene que las formas de dominación que él denomina necropolíticas pasan más por la violencia excepcional de corte colonial que por la sofisticación de los dispositivos gubernamentales gestados en el Occidente metropolitano. Para ilustrar el punto de esta distinción decíamos, por ejemplo, que los ingleses no gobernaban Londres del mismo modo que gobernaban las colonias –y que la necropolítica tiene precisamente su matriz en las tecnologías de dominación colonial. En efecto, en uno de sus artículos, Mbembe describe las formas coloniales de ejercicio de soberanía como:

(...) menos preocupadas por legitimar su propia presencia y practicando una forma de violencia más excesiva que las formas de soberanía europeas (...). Los Estados europeos nunca tuvieron como objetivo gobernar los territorios coloniales con la misma uniformidad y la misma intensidad que se aplicaba a sus propias poblaciones.<sup>13</sup>

Y de vuelta en su ensayo «*Necropolítica*», Mbembe observa que:

(...) en el pensamiento filosófico moderno, tanto como en la práctica y en el imaginario político europeo, la colonia representa el lugar en el que la soberanía consiste fundamentalmente en el ejercicio de un poder al margen de la ley (*ab legibus solutus*) y donde la “paz” suele tener el rostro de una “guerra sin fin”.<sup>14</sup>

En los sistemas coloniales más extremos la soberanía es discriminatoria (gobierno del *apartheid*) y brutal (necropolítica). Todo esto se funda en el imaginario del racismo, cuya prejudicabilidad se basa en sendos discursos de cuño naturalista e historicista: un *naturalismo* que produce la idea de “inferioridad” –darwinismo social, eugenesia, teorías médico-legales sobre raza, herencia y degeneración– y un *historicismo* que produce la idea de “inmadurez histórica” –cuyas prácticas asociadas van desde aquellas basadas en la noción de educabilidad hasta el ejercicio de la aniquilación.<sup>15</sup> El mundo colonial es producido en virtud de una serie de prácticas de poder ancladas en el imaginario racista: discriminación entre “civilizados” y “salvajes”, explotación de estos últimos, prohibición

---

<sup>12</sup> Mbembe remite a Susan Buck-Morss, quien ha mostrado que la condición del *esclavo* implica una contradicción lógico-occidental entre la “libertad de propiedad” y la “libertad de la persona”, en la medida en que se ha concebido la libertad de propiedad como inherente a la libertad de la persona y, a su vez, se ha incluido en la libertad de propiedad el poder económico-político sobre la vida –es el caso del esclavo, que es propiedad de su amo y puede ser objeto de comercio. Cfr. Buck-Morss, «*Hegel and Haiti*», en *Critical Inquiry*, vol. 26, nº 4 (2000), pp. 821-866.

<sup>13</sup> Mbembe, «*Sovereignty as a form of expenditure*», en Hansen & Stepputat (dirs.), «*Sovereign bodies: citizens, migrants and States in the postcolonial world*», Princeton University Press, Princeton, 2002, pp. 148-168.

<sup>14</sup> Mbembe, «*Necropolítica / Sobre el gobierno privado indirecto*», p. 37.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 35.

de matrimonios mixtos, esterilización forzada, misiones civilizadoras, exterminio genocida, etc. La tecnología bio-necropolítica opera allí como una “síntesis entre la masacre y la burocracia”,<sup>16</sup> siendo la burocracia una instalación propia de la racionalidad occidental, tal como mostraba Hannah Arendt.

Ampliando ahora el enfoque, desde una perspectiva geopolítica, la Europa colonialista operó sobre la base del imaginario jurídico del *ius publicum europaeum* (orden jurídico europeo en su aspecto internacional). Mbembe, citado en extenso:

Para evaluar de manera adecuada la eficacia de la colonia como formación del terror, debemos llevar a cabo un desvío por el imaginario europeo cuando plantea la cuestión crucial de la domesticación de la guerra y la creación de un orden jurídico europeo (*ius publicum europaeum*). Dos principios clave fundan este orden: el primero postula la igualdad jurídica de todos los Estados. Esta igualdad se aplica especialmente al derecho de guerra (de tomar vidas). Este derecho de guerra significa dos cosas: por una parte, matar o acordar la paz se considera como una de las funciones principales de todo Estado. Esto va parejo con el reconocimiento del hecho de que ningún Estado puede pretender ejercer un derecho más allá de sus fronteras, a cambio de lo cual, el Estado no reconoce ninguna autoridad que le sea superior en el interior de sus fronteras. Por otro lado, el Estado emprende la tarea de “civilizar” las formas de asesinar y de atribuir objetivos racionales al acto mismo de matar. / El segundo principio está ligado a la territorialización del Estado soberano, es decir, a la determinación de las fronteras en el contexto de un nuevo orden global impuesto. El *ius publicum europaeum* tomó rápidamente la forma de una distinción entre, por un lado, esas regiones del planeta abiertas a la apropiación colonial y, del otro, la propia Europa (donde el *ius publicum* debía eternizar las dominaciones). Esta distinción es (...) determinante cuando se trata de evaluar la eficacia de la colonia como formación del terror. Bajo el *ius publicum*, una guerra legítima es una guerra en gran medida conducida por un Estado contra otro o, de forma más precisa, una guerra entre Estados “civilizados”. La centralidad del Estado en la racionalidad de la guerra deriva del hecho de que el Estado es el modelo de la unidad política, un principio de organización racional, la encarnación de la idea universal, y un signo de moralidad. / En el mismo contexto, las colonias son parecidas a las fronteras. Son habitadas por “salvajes”. Las colonias no se organizan bajo forma estatal; no han generado un mundo humano. Sus ejércitos no forman una entidad distintiva y sus guerras no se dan entre ejércitos regulares. No implican la movilización de los sujetos soberanos (ciudadanos) que se respetan mutuamente en tanto que enemigos. No establecen distinción entre combatientes o bien entre “enemigos” y “criminales”. Es, por tanto, imposible acordar la paz con ellos. En resumen, las colonias son zonas en que la guerra y el desorden, las figuras internas y externas de lo político, se tocan o se alternan unas con otras. Como tales, las colonias son el lugar por excelencia en el que los controles y las garantías del orden judicial pueden ser suspendidos, donde la violencia del estado de excepción supuestamente opera al servicio de la “civilización”. / El hecho de que las colonias puedan ser gobernadas en ausencia absoluta de ley procede de la negación racista de todo punto común entre el conquistador y el indígena. A ojos del conquistador, la vida salvaje no es más que otra forma de vida animal, una experiencia horripilante, algo radicalmente “otro” (*alien*).<sup>17</sup>

El *ius publicum europaeum* opera así como una racionalización de la guerra colonial, de la excepcionalidad colonial que no es sino un paradigma moderno del terror necropolítico. El postulado de la *igualdad jurídica de los Estados* en general implica, en particular, una igualdad jurídica de los Estados en la guerra, es decir, iguales derechos y deberes: derecho estatal de matar o acordar la paz, frente al deber estatal de “civilizar” las formas de matar; derecho estatal a la autoridad dentro de sus fronteras, frente al deber estatal de matar de acuerdo a objetivos racionales –“justificadamente”, de acuerdo a la

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 36.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, pp. 37-40.



razón “interior” a un Occidente que se autoafirma como tal en su sueño geopolítico. En íntima conexión con ello, pues, el postulado de *distribución geopolítica* implica un orden global que distingue entre Estados soberanos (Europa, con sus dominaciones internas consolidadas) y territorios colonizables (regiones del planeta abiertas a la apropiación colonial, regiones “fronterizas” habitadas por “salvajes”).

Por lo tanto, en la práctica el *ius publicum europaeum* fundamenta la distinción entre *guerra legítima* y *guerra colonial*. La guerra legítima –de acuerdo a un derecho internacional europeo en sentido estricto– se da entre Estados “civilizados” –entendidos estos últimos al modo en que los entiende Hegel, que planea aquí como un espectro: modelos de unidad política en cuanto obedecen a un principio de organización racional de la vida del “espíritu” y que, como tales, son encarnaciones de la “idea universal” y “signos de moralidad”. La guerra colonial, por otra parte –y de acuerdo a un derecho internacional europeo en sentido ampliado–, se lleva adelante por los Estados civilizados en territorios dispuestos para la colonización, en virtud de la puesta en juego de un estado de excepción (*ab legibus solutus*) en función de la “civilización” –sometimiento o muerte.

En consecuencia, en la colonia se practica el arte de un gobierno en ausencia de ley. Es allí donde la excepción devino norma moderna. Todo ello sobre el suelo de la negación racista de la igualdad entre *conquistador* (humano, civilizado) e *indígena* (animal, salvaje, *alien*): en rigor, matar al “indígena” en un régimen *ab legibus solutus* no es un “crimen”, pues éste último término tiene el carácter de “concepto jurídico”.<sup>18</sup> Mbembe, sobre el imaginario de la alteridad y el ejercicio de la excepcionalidad que performan el terror colonial, escribe:

El derecho soberano de matar no está sometido a ninguna regla en las colonias. El soberano puede matar en cualquier momento, de todas maneras. La guerra colonial no está sometida a reglas legales e institucionales, no es una actividad legalmente codificada. El terror colonial se entremezcla más bien incesantemente con un imaginario colonialista de tierras salvajes y de muerte, y con ficciones que crean la ilusión de lo real.<sup>19</sup>

## V. La necropolítica en la modernidad postcolonial.

La lógica geo-económico-política legada por los sistemas coloniales es la lógica de una guerra imperial-colonial, cuyos objetivos básicos son la anexión de territorios, la destrucción de los poderes locales y el control militar de la población. Se trata de constituir a los vivientes como población vencida –subalterna, expropiada y explotada. Población despojada de la propiedad de la tierra, de la propiedad de su producción... se trata, en fin, de apropiarse su potencia individual y colectiva. En esta lógica, según Mbembe, “(...) la violencia constituye la forma original del derecho y la excepción proporciona la estructura de la soberanía”.<sup>20</sup> En esta lógica, *territorializar* es ejercer la soberanía dando la medida en

---

<sup>18</sup> Karmy, «*Los palestinos mueren*», artículo publicado en el periódico digital El Clarín (Santiago de Chile, 25 de Julio de 2014); Amar, «*El cuerpo palestino. Sobre la modernidad y el boicot a Israel*», artículo publicado en el periódico digital El Desconcierto (Santiago de Chile, 10 de Julio de 2014).

<sup>19</sup> Mbembe, opus cit., pp. 40-41.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 42.

un determinado sentido y, así, inscribiendo “(...) sobre el terreno un nuevo conjunto de relaciones sociales y espaciales”.<sup>21</sup> Mbembe:

La inscripción de nuevas relaciones espaciales (“territorialización”) consiste finalmente en producir líneas de demarcación y de jerarquías, de zonas y enclaves, el cuestionamiento de la propiedad; la clasificación de personas según diferentes categorías; la extracción de recursos y, finalmente, la producción de una amplia reserva de imaginarios culturales. Estos imaginarios han dado sentido al establecimiento de los derechos diferenciales para diferentes categorías de personas, con objetivos diferentes, en el interior de un mismo espacio; en resumen, al ejercicio de la soberanía. El espacio era, por tanto, la materia prima de la soberanía y de la violencia que acarrea. La soberanía significa ocupación, y la ocupación significa relegar a los colonizados a una tercera zona, entre el estatus del sujeto y el del objeto.<sup>22</sup>

En el sentido de esta lógica imperial-colonial, el pensador anticolonial martiniqués Frantz Fanon ha descrito las principales tácticas de “espacialización” de la ocupación colonial:<sup>23</sup> lenguaje de la fuerza (poder excepcionalista de muerte, proliferación de comisarías), división del espacio (fronteras, compartimentos), jerarquización (subalternación mediante la verticalización de las relaciones) y principio de exclusividad recíproca (como en el régimen de *apartheid*: espacio de “reducción” para negros segregados a los que se les niega la ciudadanía). La soberanía se ejerce así como un poder de definir quien vale y quien no vale –siendo la vida que no vale explotable y matable como si fuera “mierda”, resto o excrecencia categorial y política.<sup>24</sup> Mbembe:

En este caso, la soberanía es la capacidad de definir quién tiene importancia y quién no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién no.<sup>25</sup>

Mbembe, a partir de esta matriz del imaginario político y de la práctica política de la Europa colonialista, enfoca el ejercicio contemporáneo del poder soberano al margen de la ley (*ab legibus solutus*) –la imposición de la “paz” como “guerra sin fin”, en espacios de captura de la potencia de *otros* vivientes. Mbembe procede mediante el análisis de dos modulaciones de la necropolítica en la modernidad postcolonial: la necropolítica neocolonial-estatal (Israel en Palestina) y la necropolítica capitalista-postestatal (las “máquinas de guerra” en África).

## VI. La necropolítica neocolonial-estatal: Israel en Palestina.

La ocupación neocolonial del Estado de Israel en Palestina es, según Mbembe, un ejemplo de ocupación colonial contemporánea, de corte *neocolonial-estatal* (teológico-político), donde se puede observar la complejión de una serie de estratos de tecnología político-gubernamental: poder disciplinario, poder biopolítico y poder necropolítico *high tech*.

---

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 43.

<sup>22</sup> *Ibíd.*

<sup>23</sup> Fanon, «*Los condenados de la tierra*», traducción del francés al español por Julieta Campos, Editorial F.C.E., México, <sup>2</sup>1965, p. 17 y ss.

<sup>24</sup> Díaz, «*Platón y el Wallmapu. Soberanía y violencia en el conflicto chileno mapuche*», en *Revista Actual Marx Intervenciones*, n° 14 (2013), pp. 211-234.

<sup>25</sup> Mbembe, *opus cit.*, p. 46.

En primer término, Mbembe apunta específicamente al sello **teológico-político** de la soberanía colonial ejercida por el Estado sionista de Israel. Se trata de un ejercicio de autoritarismo soberano sobre la base de “su propio relato de la historia y la identidad”, esto es, su propio mito: el Estado de Israel se autointerpreta como portador de un *derecho divino a la existencia* en ese territorio en que hay “otros”. Esto implica, por una parte, que *su cualidad de “pueblo” se funda en la veneración de una deidad mítica*: el argumento religioso es que la Biblia les otorga “título de propiedad”, dado que el texto sagrado consigna a los territorios palestinos como tierra de sus antepasados (*Eretz Israel* o *Sión*), una tierra de la cual habrían sido antiguamente expulsados –aunque quedaron algunas comunidades judías en la región, en Jerusalén, Tiberiades, Safed, etc. De tal modo que el relato bíblico y una minoritaria presencia judía en la región les daría el derecho para regresar y ocupar ese territorio –derecho que en clave racista los sionistas formulan bajo el lema “un pueblo sin tierra para una tierra sin pueblo”, negando la existencia de los habitantes palestinos, aunque desde sus primeras incursiones en el territorio de la mano de los colonizadores británicos en Palestina se hayan encontrado con cientos de pueblos y ciudades y miles de hectáreas cultivadas. No había, por consiguiente, manera de fundar allí un Estado colonizador sin entrar en colisión con los habitantes locales. Pero la convivencia tampoco era opción pues, a partir de la configuración religiosa de su cualidad de “pueblo judío”, su identidad nacional se concibió civilizacional y racistamente como *identidad contra el otro*: contra otros dioses, contra otra civilización, contra otras razas. Mbembe:

En consecuencia, la violencia colonial y la ocupación se apoyan en el terror sagrado de la verdad y la exclusividad (expulsiones, instalación de personas “sin Estado” en campos de refugiados, establecimientos de nuevas colonias).<sup>26</sup>

Y sobre la particularidad de la “cuestión” palestina en cuanto a las tecnologías del poder colonial que allí se juegan, Mbembe sostiene que la ocupación de Palestina por el Estado de Israel muestra una yuxtaposición entre elementos de poder disciplinario, poder biopolítico y poder necropolítico:

La ocupación colonial tardía difiere en muchos aspectos de la de la era moderna, particularmente en lo relativo a la combinación entre lo disciplinario, la biopolítica y la necropolítica. La forma más redonda del necropoder es la ocupación colonial de Palestina.<sup>27</sup>

En primer lugar, el **poder disciplinario** se juega en la permanente militarización de la vida cotidiana (estado de sitio), situación en virtud de la cual se pone en juego la autoridad como *verticalización de las relaciones de poder* –es decir, éstas devienen estado de dominación.

En segundo término, el **poder biopolítico** se juega en una serie de tácticas que rinden como administración de la vida de la población palestina y un correlativo *dejar morir* para potenciar la propia forma de vida israelí en el territorio: segregación (*apartheid*), aislamiento de poblaciones mediante la fragmentación e incomunicación de los espacios, control policial cotidiano (*checkpoints*), asedio económico (el “bloqueo”) y “guerra de

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 47.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 46.

infraestructuras”.<sup>28</sup> Se trata, pues, de hacer a los palestinos la vida cotidianamente insoportable y económicamente inviable:

Vivir bajo la ocupación contemporánea es experimentar de forma permanente la “vida en el dolor”: estructuras fortificadas, puestos militares, barreras incesantes; edificios ligados a recuerdos de humillación, interrogatorios, palizas, toques de queda que mantienen prisioneros a centenares de miles de personas en alojamientos exiguos desde el crepúsculo al alba; soldados patrullando las calles oscuras, asustados por su propia sombra; niños cegados por balas de caucho; padres humillados y apaleados delante de su familia; soldados orinando en las barreras, disparando sobre las cisternas para distraerse; cantando eslóganes agresivos, golpeando las frágiles puertas de hojalata para asustar a los niños, confiscando papeles, arrojando basura en la mitad de una residencia vecina; guardias fronterizos que dan vuelta una cosecha de legumbres o cierran las fronteras sin razón; huesos rotos; tiroteos, accidentes mortales... Una cierta forma de locura.<sup>29</sup>

En tercer término, el *poder necropolítico* se juega en una serie de tácticas que rinden como “limpieza étnica”,<sup>30</sup> es decir, como un *hacer morir* (exterminio) para potenciar la propia forma de vida israelí en el territorio: ejecuciones y matanzas (a los comandantes israelíes locales se les otorga libertad de matar a quien les parezca, donde y cuando les parezca), además de periódicos bombardeos de horroroso tonelaje explosivo para lograr aniquilaciones masivas.

Las prácticas coloniales del Estado de Israel en Palestina, como ejercicio necropolítico de la soberanía, desnudan el núcleo arcaico, tortuoso y mortífero, de la gubernamentalidad biopolítica contemporánea, precisamente allí en las fronteras civilizacionales que fungen como las ficciones necesarias para la autoafirmación de la ontoteología occidental –de la que Israel es, tras la Segunda Guerra Mundial, la punta de lanza en la región de *Al Mashrek*.

## VII. La necropolítica capitalista-postestatal: las “máquinas de guerra” en África.

Una segunda modulación de la necropolítica en la modernidad postcolonial es la necropolítica *capitalista-postestatal* que se expresa en la proliferación de las *máquinas de guerra* en ciertos lugares de África desde el último cuarto del siglo XX. Esto ocurre particularmente en algunos países de África occidental y central (Sierra Leona, Angola, Liberia, República Democrática del Congo) donde la minería de diamantes financia guerras por los mismos diamantes –se trata de los llamados “diamantes de sangre”. Aunque Mbembe describe y teoriza esta cuestión de modo muy general y sin centrarse en la

---

<sup>28</sup> Mbembe: “Un sabotaje orquestado y sistemático de la red de infraestructura social y urbana del enemigo logra la apropiación de la tierra, del agua y de los recursos del espacio aéreo. Los elementos determinantes en estas técnicas para dejar fuera de combate al enemigo son: utilizar el *bulldozer*, destruir casas y ciudades, arrancar los olivos, acribillar las cisternas a tiros, bombardear e interferir en las comunicaciones electrónicas, destrozarse las carreteras, destruir los transformadores eléctricos, asolar las pistas de aeropuertos, dejar inutilizables las emisoras de televisión y radio, destruir los ordenadores, saquear los símbolos culturales y político-burocráticos del proto-Estado palestino, saquear el equipo médico. En otras palabras, llevar a cabo una *guerra de infraestructuras*” (Mbembe, opus cit., pp. 51-52).

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 72-73.

<sup>30</sup> Cfr. Pappé, «*La limpieza étnica de Palestina*», traducción del inglés al español por Luis Noriega, Editorial Crítica, Barcelona, <sup>1</sup>2008; Cumsille, «*Palestina: las cosas en su lugar y por su nombre*», en revista electrónica Hoja de Ruta, n° 45 (Julio de 2014).

situación puntual de ningún país, es preciso observar que las “máquinas de guerra” han asolado especialmente a países como Angola y Sierra Leona.<sup>31</sup> En esta ocasión nos concentraremos específicamente en el caso de Sierra Leona.

En la costa oeste de África central se halla Sierra Leona, cuya capital es Freetown, un asentamiento de esclavos liberados fundado por abolicionistas europeos. Es un país muy rico en recursos naturales, pero paradójicamente es uno de los países económicamente más pobres del planeta. Sierra Leona tiene un territorio muy fértil, con bosques tropicales y depósitos aluviales de diamantes de alto valor. Sin embargo tales condiciones, lejos de brindarles prosperidad, le han acarreado a sus habitantes décadas de terror debido a la violencia predatoria de las “máquinas de guerra”.

Las *máquinas de guerra*<sup>32</sup> nacen en este caso de una trama de relaciones de poder entre gobiernos corruptos, ejércitos irregulares y capitales extranjeros que se teje en torno a los “diamantes de sangre”. La dinámica de esta trama en Sierra Leona –entre 1991 y 2001– es la siguiente: 1) en un primer momento se da una guerra civil entre un gobierno corrupto-autoritario y un ejército rebelde revolucionario –en una dinámica de carácter esencialmente *político*, en el contexto geopolítico de la Guerra Fría; 2) en un segundo momento el ejército rebelde, desfinanciado por la Unión Soviética tras el fin de la Guerra Fría, captura las fuentes diamantíferas aluviales y comienza a financiarse con la explotación y el comercio de diamantes –que les son comprados en la misma región por capitales europeos y estadounidenses; 3) en un tercer momento el ejército rebelde ya se ha transformado en una “máquina de guerra” –en conflicto o en alianza con el gobierno local y en una dinámica de carácter esencialmente *económico*, cuyo “ciclo” es el siguiente: extracción y comercialización de diamantes en función de la obtención de dinero y armas; dinero y armas en función del control de las fuentes diamantíferas para seguir extrayendo y comercializando el valioso mineral.

La historia de explotación y muerte en Sierra Leona es la siguiente. Desde el siglo XVIII la región había sido fuente del comercio de esclavos negros, constituyéndose como colonia británica –hasta 1961. En 1930 se descubren sus depósitos diamantíferos aluviales y su explotación queda en manos del monopolio colonial británico (Sierra Leone Selection Trust Ltd.), aunque paralelamente surgen las primeras redes de tráfico de diamantes que se venden más baratos –de contrabando hacia Liberia y Guinea, donde los compran los representantes de empresas europeas. En 1961 Sierra Leona obtiene su independencia de la corona Británica, en medio de una situación institucional y económica estable y próspera. En 1968 comienza el declive de Sierra Leona debido a la corrupción del gobierno del primer ministro Siaka Stevens, quien nacionaliza la industria de los diamantes y los vende

---

<sup>31</sup> Para los casos de Angola y Sierra Leona hay una par de reportes de organizaciones no gubernamentales que apuntan específicamente a la trama entre gobiernos corruptos, ejércitos irregulares y capitales extranjeros que se teje en torno a los “diamantes de sangre”. Para el caso de Angola, ver de varios autores, «*A rough trade. The role of companies and governments in the Angolan conflict*», reporte de Global Witness Organization, London, 1998. Para el caso de Sierra Leona, ver Smillie, Gberie & Hazleton, «*The heart of the matter. Sierra Leone, diamonds and human security*», reporte de Partnership Africa-Canada, Ontario, 2000.

<sup>32</sup> Mbembe recoge el concepto de “máquina de guerra” de Deleuze & Guattari, «*Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*», traducción del francés al español por José Pérez, Editorial Pre-Textos, Valencia, <sup>5</sup>2002, p. 359 y ss.

irregularmente a mafias estadounidenses, empobreciendo al país y acabando con el gasto público en salud y educación. Frente a esta situación de corrupción gubernamental se forman ejércitos rebeldes que con los años terminan configurando unitariamente el FRU (Frente Revolucionario Unido). Pero no será sino hasta 1991 que, con el apoyo de milicias rebeldes de Liberia, el FRU invade Sierra Leona iniciando una década de guerra civil. En orden a financiar su campaña militar, el FRU decide tomar el control del negocio de los diamantes, desplegando prácticas de *necropoder* en las zonas diamantíferas: ejecuciones y matanzas, torturas, mutilaciones y violaciones, destrucción de pueblos, desplazamiento forzado de los habitantes de la región minera, esclavización de hombres (trabajo minero) y mujeres (trabajo sexual) –las minas aluviales de diamantes se tornan campos de trabajos forzados. El FRU, además, recluta niños-soldado –previo secuestro– y también soldados del ejército del Estado que se pasan a sus filas por ser más rentable. Los diamantes son intercambiados por dinero (corredores de diamantes) y armas (traficantes de armas) con agentes europeos y estadounidenses, de tal modo que fluyen hacia el mercado occidental de joyas –manejado principalmente por capitales de Inglaterra, Bélgica y Estados Unidos.<sup>33</sup> En 1994, tras elecciones democráticas, el nuevo gobierno de Ahmed Tejan Kabbah decide contratar –a cambio de diamantes– a una empresa de mercenarios en Sudáfrica (la Executive Outcomes) para terminar con el FRU: los mercenarios logran efectivamente expulsar al FRU del territorio minero, pero en 1996 el gobierno termina el contrato con los mercenarios y el FRU vuelve desatando una ola de violencia terrorífica en Sierra Leona. En 1997 un golpe militar derroca al gobierno de Ahmed Tejan Kabbah y la nueva junta militar establece un gobierno de alianza con el FRU, quienes se desatan en las calles durante la llamada “Operación de Exterminio Total”, despojando y asesinando masivamente a los habitantes de la capital Freetown. Ese mismo año, la dictadura –alianza Estado-FRU– es derrotada por fuerzas nigerianas, y en su retirada el FRU desata nuevamente una ola de matanza y destrucción. En 1998 el FRU vuelve a apoderarse del territorio de las minas aluviales y en 1999 vuelven a atacar Freetown –dejando 6.000 muertos en dos semanas–, pero nuevamente las fuerzas nigerianas acuden y los hacen retroceder. En el año 2000, en medio del escándalo internacional por la divulgación de esta situación por parte de activistas, una intervención de la ONU y del ejército británico logra derrotar y descabezar al FRU, tras una década de explotación y muerte del pueblo de Sierra Leona a manos de la “máquina de guerra” del FRU financiada por capitales joyeros europeos y estadounidenses –con un saldo de cerca de 15.000 muertos, además de miles de sobrevivientes refugiados, huérfanos, violados, torturados, discapacitados y mutilados.

En el nivel del análisis de la situación histórica descrita, en primer término Mbembe apunta a que en África, desde el último cuarto del siglo XX, varios Estados ya no tienen el monopolio de la violencia/coerción en sus territorios: la coerción es ahora una mercancía que se vende en el mercado internacional. *El derecho soberano a ejercer la violencia mortífera pasa del Estado nacional al mercado en función del Capital transnacional, es decir: transita de la esfera de la política a la esfera de la economía, quedando subsumido en ella.*<sup>34</sup> Si en la esfera política la función estatal de la violencia era el control territorial por parte del ejército del Estado, en la esfera económica la función capitalista-privada de la

---

<sup>33</sup> Entre los que destaca el monopolio judío-inglés de la corporación De Beers Diamond Trading Company.

<sup>34</sup> Cfr. Hodges, «*Angola: from afro-stalinism to petro-diamond capitalism*», Indiana University Press, Indiana, <sup>1</sup>2001, cap. 7.

violencia es el control territorial y la explotación de recursos naturales y trabajo humano por parte de ejércitos privados, milicias urbanas y de señores de la guerra locales, empresas de seguridad privadas, etc. A propósito de este tipo de modulación de la necropolítica *capitalista-postestatal* que se expresa en la proliferación de las *máquinas de guerra*, escribe Mbembe:

La economía política del Estado ha cambiado de forma espectacular durante el último cuarto del siglo XX. Numerosos Estados africanos ya no pueden reivindicar un monopolio sobre la violencia y los medios de coerción en su territorio; ni sobre los límites territoriales. La propia coerción se ha convertido en un producto de mercado. La mano de obra militar se compra y se vende en un mercado en el que la identidad de los proveedores y compradores está prácticamente desprovista de sentido. Milicias urbanas, ejércitos privados, ejércitos de señores locales, empresas de seguridad privadas y ejércitos estatales proclaman, todos a la vez, su derecho a ejercer la violencia y matar. Estados vecinos y grupúsculos rebeldes alquilan ejércitos a los Estados pobres. La violencia no gubernamental conlleva dos recursos decisivos en función de los que ejerce su coerción: trabajo y minerales.<sup>35</sup>

Y en otro pasaje:

Cada vez más a menudo, la guerra no tiene lugar entre los ejércitos de dos Estados soberanos, sino entre grupos armados que actúan bajo la máscara del Estado, o contra grupos armados sin Estado pero que controlan territorios bien delimitados; ambos tipos de bandos tienen como principal objetivo la población civil, que no está armada ni organizada en milicias. En el caso en el que los disidentes armados no se hagan con el poder del Estado de forma completa, provocan particiones nacionales y consiguen controlar regiones enteras, administradas bajo el modelo del feudo, especialmente cerca de los yacimientos de minerales.<sup>36</sup>

En este contexto, las “máquinas de guerra” operan como máquinas de captura y depredación: una función política de *captura* de territorios y poblaciones; una función económica de *depredación* capitalista de recursos naturales y recursos humanos. Los territorios capturados y depredados se convierten así en un *mundo de muerte*, cuya gramática es la de un “campo de trabajo forzado” en función de formas de acumulación capitalista locales y transnacionales. Mbembe:

La concentración de actividades relacionadas con la extracción de recursos valiosos en estos enclaves los convierte en espacios privilegiados de guerra y muerte. La propia guerra se ve alimentada por el aumento de la venta de los productos extraídos. (...). Las máquinas de guerra (milicias o movimientos rebeldes, en este caso) se convierten rápidamente en mecanismos depredadores extremadamente organizados, que aplican tasas en los territorios y las poblaciones que ocupan, y cuentan además con el apoyo, a la vez material y financiero, de redes transnacionales (...).<sup>37</sup>

El círculo es perfecto: la guerra en función de la economía, la economía en función de la guerra. El *círculo entre necropolítica y necroeconomía* constituye un ciclo de acumulación tal que, entre más muerte, más capital, y viceversa. Mbembe:

En relación con la nueva geografía de la extracción de recursos, asistimos al nacimiento de una forma inédita de gubernamentalidad que consiste en la *gestión de multitudes*. La extracción y el pillaje de

---

<sup>35</sup> Mbembe, opus cit., pp. 57-58.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 64.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, pp. 61-62.

recursos naturales por las máquinas de guerra van parejos a las tentativas brutales de inmovilizar y neutralizar espacialmente categorías completas de personas o, paradójicamente, liberarlas para forzarlas a diseminarse en amplias zonas que rebasan los límites de un Estado territorial. En tanto que categoría política, las poblaciones son más tarde disgregadas entre rebeldes, niños-soldado, víctimas, refugiados, civiles convertidos en discapacitados por las mutilaciones sufridas o simplemente masacradas siguiendo el modelo de los sacrificios antiguos, mientras que los “supervivientes”, tras el horror del éxodo, son encerrados en campos y zonas de excepción.<sup>38</sup>

### VIII. A modo de conclusión: todos devenimos *homo sacer*.

A partir de la matriz del imaginario político y de la práctica política de la Europa colonialista, Mbembe enfoca el ejercicio contemporáneo del poder soberano al margen de la ley (*ab legibus solutus*) en espacios de captura de la potencia de *otros* vivientes mediante el *necropoder* (poder mortífero). Mbembe procede mediante el análisis de dos modulaciones de la **necropolítica** en la modernidad postcolonial: la necropolítica neocolonial-estatal (Israel en Palestina) y la necropolítica capitalista-postestatal (las “máquinas de guerra” en África).

De forma latente o manifiesta, la necropolítica es el corazón, más o menos expuesto, de la biopolítica occidental. La necropolítica es la dimensión negativa del poder soberano occidental. Pero Mbembe acuña el concepto para destacar, más allá del ejercicio estatal del derecho a matar en la metrópoli occidental, un ejercicio de violencia racista sobregirada de corte neocolonial –ya sea estatal, como en el caso de la guerra colonial de Israel en Palestina, ya sea capitalista post-estatal, como ocurre con las “máquinas de guerra” en algunos lugares de África central y occidental. La necropolítica es la dimensión mortífera de la política, porque en ella “la muerte opera” como el resorte fundamental de la política. El ejercicio de la soberanía política pone en obra el mundo de la vida como “obra de muerte” (*work of death*), sobre la base de lo cual se define la “apropiación originaria del espacio” –en el sentido apuntado por el jurista alemán Carl Schmitt: un espacio tomado, ordenado y explotado por “alguien” que se constituye como “alguien” en tal puesta en obra (es decir, como *sujeto soberano* individual y/o grupal). Desde la decisión soberana de la partición amigo/enemigo, lo que se hace es: 1) apropiarse el espacio mediante la violencia autoritaria-excepcionalista, 2) distribuirlo y administrarlo, y 3) poner en obra en él un determinado régimen de producción –con sus usos, rituales y leyes, con su forma de vida a potenciar y sus correspondientes monedas de cambio.<sup>39</sup> Todo ello sobre la base de la lógica sacrificial.

El eco de la necropolítica recorre el mundo, no a través de la mera facticidad mediática que nos informa de lo que acontece en Palestina o en Sierra Leona, sino como la lógica que abre la posibilidad horrorosa que se cierne virtualmente sobre todos nosotros, desde el momento en que eventualmente quedemos en la mira como ***vida que se escapa*** del dispositivo económico-político que macro-espacializa imperialmente el mundo de la vida, o como ***vida residual*** de acuerdo al imaginario imperial que proyecta la *otredad sacrificable*

---

<sup>38</sup> *Ibíd.*, pp. 61-62.

<sup>39</sup> Cfr. Schmitt, «*Apropiación, partición, apacentamiento*», publicado como apéndice en Schmitt, «*El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del “Ius publicum europaeum”*», traducción del alemán al español por Dora Schilling, Editorial Struhart y Cía, Buenos Aires, <sup>1</sup>2005, pp. 357-374.



de los “indios”. Para decirlo con toda la violencia de la razón colonial: vida de mierda que puede ser impunemente hecha mierda. Tal como ha ocurrido durante largos siglos en Chile con los Mapuche, reducidos a la condición de “población residual” por la lógica del racismo de Estado chileno, o como ocurrió en Chile desde 1973 con la vida que, como potencia común, se escapaba de los dispositivos soberano-gubernamentales.

La hacienda y su corazón negro. Aquí “hacienda” quiere decir *puesta en obra*, y “corazón negro” quiere decir *política de muerte*. Lo que ha ocurrido en Palestina o en Sierra Leona nos cubre hoy a todos los vivientes con la sombra de la sacrificialidad necropolítica, y es por ello y no por otra cosa que hoy podemos decir que “todos somos palestinos”, o que “todos somos sierraleoneses”. Es en este sentido que, en una reciente entrevista, Achille Mbembe ha declarado lo siguiente:

De todos los seres humanos, el negro es el único cuya carne fue hecha mercancía. Por otra parte, el “negro” y la “raza” no han tenido lugar más que en la imaginación de las sociedades europeas. Desde el siglo XVIII han constituido, ensamblados, el subsuelo oculto y frecuentemente negado a partir del cual se despliega el proyecto moderno del conocimiento –y también el del gobierno. La relegación de Europa al rango de una simple provincia del mundo, ¿sellará la extinción de racismo, con la disolución de uno de sus principales significantes, el “negro”? ¿O por el contrario, una vez que la figura histórica de Europa se haya disuelto, nos convertiremos todos en los “negros” del nuevo racismo que fabrican a escala planetaria las políticas neoliberales y securitarias, las nuevas guerras de ocupación y depredación, y las prácticas de zonificación?<sup>40</sup>

\* \* \*

## BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio. «*Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida*», traducción del italiano al español por Antonio Gimeno, Editorial Pre-Textos, Valencia, <sup>1</sup>1998.

AGAMBEN, Giorgio. «*Homo sacer II, 2. El reino y la gloria. Para una genealogía teológica de la economía y del gobierno*», traducción del italiano al español por Antonio Gimeno, Editorial Pre-Textos, Valencia, <sup>1</sup>2008.

AMAR, Mauricio. «*El cuerpo palestino. Sobre la modernidad y el boicot a Israel*», artículo publicado en el periódico digital El Desconcierto (Santiago de Chile, 10 de Julio de 2014).

BUCK-MORSS, Susan. «*Hegel and Haiti*», en *Critical Inquiry*, vol. 26, n° 4 (2000), pp. 821-866.

CUMSILLE, Kamal. «*Palestina: las cosas en su lugar y por su nombre*», en revista electrónica Hoja de Ruta, n° 45 (Julio de 2014).

DELEUZE, Gilles & GUATTARI, Félix. «*Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*», traducción del francés al español por José Pérez, Editorial Pre-Textos, Valencia, <sup>5</sup>2002.

---

<sup>40</sup> Achille Mbembe, “*Nous devenons tous nègres*”, entrevista radiofónica con el programa ‘Le Suite dans les idées’ de Radio France, el 28 de diciembre de 2013, disponible como podcast en : <http://www.franceculture.fr/emission-la-suite-dans-les-idees-nous-devenons-tous-negres-avec-achille-mbembe-2013-12-28#.U-36V3eGfTM.facebook>

DÍAZ, Gonzalo. «Platón y el Wallmapu. Soberanía y violencia en el conflicto chileno mapuche», en Revista Actual Marx Intervenciones, nº 14 (2013), pp. 211-234.

FANON, Frantz. «Los condenados de la tierra», traducción del francés al español por Julieta Campos, Editorial F.C.E., México, <sup>2</sup>1965.

FOUCAULT, Michel. «Defender la sociedad. Curso en el Collège de France, 1975-1976», traducción del francés al español por Horacio Pons, Editorial F.C.E., México, <sup>1</sup>2000.

FOUCAULT, Michel. «Nacimiento de la biopolítica», traducción del francés al español por Horacio Pons, Editorial F.C.E., Buenos Aires, <sup>1</sup>2007.

HODGES, Tony. «Angola: from afro-stalinism to petro-diamond capitalism», Indiana University Press, Indiana, <sup>1</sup>2001.

KARMY, Rodrigo. «Los palestinos mueren», artículo publicado en el periódico digital El Clarín (Santiago de Chile, 25 de Julio de 2014).

MBEMBE, Achille. «Necropolítica / Sobre el gobierno privado indirecto», traducción del francés al español por Elisabeth Falomir, Editorial Melusina, Santa Cruz de Tenerife, <sup>1</sup>2011.

MBEMBE, Achille. «Sovereignty as a form of expenditure», en Thomas Hansen & Finn Stepputat (dirs.), «Sovereign bodies: citizens, migrants and States in the postcolonial world», Princeton University Press, Princeton, <sup>1</sup>2002, pp. 148-168.

MBEMBE, Achille. «Nous devenons tous nègres», entrevista radiofónica con el programa 'Le suite dans les idées' de Radio France, el 28 de diciembre de 2013, disponible como podcast en : <http://www.franceculture.fr/emission-la-suite-dans-les-idees-nous-devenons-tous-negres-avec-achille-mbembe-2013-12-28#.U-36V3eGfTM.facebook>

PAPPÉ, Ilan. «La limpieza étnica de Palestina», traducción del inglés al español por Luis Noriega, Editorial Crítica, Barcelona, <sup>1</sup>2008.

SCHMITT, Carl. «Apropiación, partición, apacentamiento», publicado como apéndice en Carl Schmitt, «El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del "Ius publicum europaeum"», traducción del alemán al español por Dora Schilling, Editorial Struhart y Cía, Buenos Aires, <sup>1</sup>2005, pp. 357-374.

SMILLIE, Fan; GBERIE, Lansana & HAZLETON, Ralph. «The heart of the matter. Sierra Leone, diamonds and human security», reporte de Partnership Africa-Canada, Ontario, 2000.

VALENCIA, Sayak. «Capitalismo gore», Editorial Melusina, Santa Cruz de Tenerife, <sup>1</sup>2010.

V.A. «A rough trade. The role of companies and governments in the Angolan conflict», reporte de Global Witness Organization, London, 1998.